

Capítulo V

La batalla del Salado en «Os Luisiadas»

Luis de Camoens

Sinopsis

*El rey Alfonso IV de Portugal acudió a ayudar a su yerno Alfonso XI de Castilla en la batalla del Salado en el año 1340. La victoria que los portugueses consiguieron ante los granadinos en Tarifa representa uno de los episodios históricos más memorables de Portugal y por esta razón fue recogido por Luis de Camoens en su poema épico «Os Luisiadas». Transcribimos los octetos 99-118 del canto tercero que tratan sobre la histórica jornada de Tarifa. **

Luis de Camoens y Las Luisiadas

Luis de Camoens o Camões (1524-1580) es considerado el mayor poeta portugués. Es autor de las *Os Luisiadas*, poema épico, escrito en octavas reales para cantar la gloria del incipiente imperio portugués. En los sonetos 99 al 118 describe los prolegómenos de la participación portuguesa en la batalla del Salado y la decisiva intervención de los lusitanos, con insistentes comparaciones con episodios clásicos. El poeta destaca la participación de la reina castellana María de Portugal, hija del rey Alfonso IV.

* *Poesías de Luis de Camões*, tomo I, «Las Luisiadas», traducción al castellano por Lamberto Gil, Madrid 1818, pp.214-220.

Siempre las amenazas castellanas
menospreció con ánimo sereno;
por no ser propio en almas Lusitanas
temer con su poder, poder ajeno.
Mas cuando inmensas fuerzas Mauritanas
llegaron al Hespérico terreno,
por domar a Castilla y someterla;
al punto acudió Alfonso a socorrerla.

Nunca con Semirámis gente tanta
fue, los campos Hidáspicos hinchiendo:
ni Atila (que a Italia toda espanta,
llamándose de Dios azote horrendo)
tanta Gótica gente trajo, cuanta
el Sarraceno bárbaro estupendo,
unido con las fuerzas de Granada,
vio en los campos Tartesios congregada.



Ilustración 37.- El poeta portugués Luis de Camoens.

Y viendo el Rey sublime castellano
 la fuerza inexpugnable, grande y fuerte,
 temiendo más el fin del pueblo hispano,
 ya perdido una vez, que no su muerte;
 para pedirle auxilio al Lusitano
 envió la cara esposa que hubo en suerte:
 mujer de quien la envía, e hija amada
 de aquel a cuyo reino fue enviada.

Entraba la hermosísima María
 por los palacios regios sublimados:
 muy bella sí, más falta de alegría,
 y sus ojos en lágrimas bañados:
 los cabellos angélicos traía
 por los ebúrneos hombros derramados;
 y al padre, que la adora y la ama tanto,
 así le dice prorrumpiendo en llanto:

«Cuántos pueblos la tierra ha producido
 en África de gente cruel y extraña,
 de Marruecos el Rey ha conducido
 por tomar posesión de toda España.
 Poder tan grande junto no lo ha habido
 después que el mar la tierra inmensa baña.
 Traen ferocidad y furor tanto,
 que al vivo causa miedo, al muerto espanto.

Aquel que tú me diste por marido,
 por defender su tierra amedrentada,
 con pequeño poder está ofrecido
 al duro golpe de la mora espada.
 Y si por tí no fuere socorrido,
 de él y del reino me verás privada;
 quedando en viudez triste, y vida oscura,
 sin marido, sin reino y sin ventura.

Por tanto, oh Rey, de quien con puro miedo
el Moluca congela su corriente:
acude, que no es tiempo de estar quedo;
ve a socorrer la castellana gente.
Si el rostro que me muestras grato y ledo
prueba, oh padre, que me amas tiernamente,
acude y corre; pues como no corras,
quizás ya no hallarás a quien socorras.»

Lo mismo habló la tímida María
a su padre, que Venus habló cuando
al padre Jove auxilio le pedía
para Eneas que andaba navegando;
que a piedad de tal modo lo movía,
que, de la mano el rayo cruel soltando,
todo cuanto pidió se lo otorgaba,
y de que pidió poco le pesaba.

Con escuadrones ya de gente armada
los Eborenses campos van colmados;
al sol brilla el arnés, lanza y espada;
relinchan los caballos enjaezados.
La sonora trompeta embanderada,
los pechos a la paz acostumbrados
a las fulgentes armas va incitando,
por las concavidades retumbando.

Entre todos en medio se sublima,
de la insignia real acompañado,
el valeroso Alfonso, y por encima
de todos lleva el cuello levantado.
Y solamente con su rostro anima
a cualquier corazón amedrentado:
así entra por Castilla a socorrerla,
con su hija gentil, que es reina de ella.

Juntos los dos Alfonso finalmente,
de Tarifa los campos se han sentado;
enfrente a la infinita mora gente
para quien son pequeños monte y prado.
No hay pecho tan altivo o tan valente,
que un poco de inquietud no haya mostrado;
hasta que al fin conozca y claro vea
que con ellas va Cristo a la pelea.



Ilustración 38.- Enterramiento del rey Alfonso IV de Portugal en la catedral de Lisboa.

De Agar los nietos casi se reían
mirando al Español de inquietud lleno;
las tierras, como tuyas, ya partían
los jefes del ejército Agareno:
que como sin verdad se atribuían
el título de pueblo Sarraceno;
así, con cuenta falsa y menos buena,
suya llamaban a la tierra ajena.

Como el membrudo bárbaro Gigante
del rey Saúl con causa tan temido,
viendo sin armas al pastor delante
sólo de esfuerzo y piedras prevenido;
con palabras soberbias arrogante
desprecia al flaco mozo mal vestido:
hasta que la honda al fin lo desengaña
de que más vale fe, que fuerza y maña.

Así desprecia el Moro con fiereza
al Cristiano poder; porque no entiende
que lo ayudaba la alta fortaleza
de aquel de quien la fuerza y ser depende.
Con ella el Castellano y con destreza,
de Marruecos al Rey soberbio ofende:
y el Portugués, que no teme de nada,
se hace temer del reino de Granada.

Las espadas y lanzas ya crujían
en los arneses, con horrible estrago;
y, conforme a las leyes que seguían,
llamaba uno a Mahoma, otro a Santiago.
Los heridos gritando al cielo herían,
y hacían con su sangre un fiero lago,
donde otros medio muertos se ahogaban,
si del hierro las vidas escapaban.

Con tal esfuerzo embiste, arrolla y mata
el Luso al Granadín, que en breve trecho
totalmente lo rompe y desbarata,
sin que le valga arnés, ni armado pecho.
De alcanzar tal victoria y tan barata
no quedando bastante satisfecho,
corre a ayudar al bravo Castellano,
que estaba combatiendo al Mauritano.

Ya se iba el sol ardiente recogiendo
a la casa de Tétis, e inclinado
el Héspero al poniente iba trayendo
el feliz día, el día celebrado;
cuando el poder del Moro grande, horrendo,
fue por los fuertes Reyes destrozado
con tanta mortandad, que no hay memoria
de que el mundo haya visto igual victoria.



Ilustración 39.- Enterramiento de don Lope Fernández de Pacheco quien asitió a la batalla del Salado con el ejército portugués. Catedral de Lisboa.

No mató ni la cuarta parte Mario
de los muertos en este vencimiento,
cuando el agua con sangre del contrario
beber hizo al ejército sediento:
ni Aníbal, tan acérrimo contrario
del romano poder por nacimiento,
cuando tantos mató a la ilustre Roma,
que infinitos anillos de ellos toma.

Y si tantas personas, tú, pudiste
mandar al reino oscuro del Cocito,
cuando la ciudad santa destruiste,
del pueblo observador del viejo rito;
fue permisión divina que tuviste,
no efecto de tu diestra, ¡oh noble Tito!
que así fue por profecías anunciado,
y después por Jesús certificado.